

bridge, arrabal industrial donde ha ganado un conservador, pero en el que han marcado puntos importantes los candidatos de extrema derecha, los racistas. Todo parece indicar que, en efecto, los electores se han cansado del juego laboristas/conservadores. De ello a predecir una resurrección liberal en los próximos años hay un abismo. Los movimientos de opinión en Gran Bretaña son muy lentos. Pero si conviene anotar que desde la década de los sesenta las esperanzas de los liberales van aumentando. Podrían llegar a ser miembros de una coalición y atrapar algún Ministerio: tal ha sido y es aún el caso de la Alemania Federal, donde el pequeño partido liberal ha servido como contrapeso uniéndose a los socialdemócratas.

El partido liberal se hundió por un par de razones. Una de ellas es que la filosofía liberal impregnó de tal modo al país que realmente no podía concentrarse en un partido exclusivo: Gran Bretaña es, en sí, un país liberal. La otra es que tras la primera guerra mundial el país comenzó a radicalizarse o polarizarse en dos partidos prácticos, en dos partidos de clase social: los conservadores y los laboristas. El partido liberal vio cómo su ala derecha se iba hacia el conservadurismo, donde estaban las grandes fortunas, la aristocracia y las clases medias ricas, y su ala izquierda hacia el laborismo, que reunía a las clases medias bajas y a los trabajadores. Ninguno de los dos partidos representa hoy, realmente, aquello para lo que nacieron. El conservadurismo incluye muchos obreros, adopta a veces medidas dirigidas de las que antes eran privativas del socialismo, mientras que el laborismo se enfrenta a veces con el asalariado, defiende al capital al defender la libra, y tienta a unas ciertas derechas moderadas y abiertas. En esa confusión política puede haber un

partido que, siendo veintiséis años—casi doscientos años—, no esté desgastado por el poder—no lo ejerce desde 1918—y pueda parecer "nuevo".

¿Qué ofrecen hoy los liberales? Una tradición de apertura, un reformismo nacido de varios costados diferentes, los de Rousseau y Tom Paine, los de Adam Smith y Stuart Mill. La fundación de la Inglaterra moderna, con la reforma del Parlamento (limitación del poder de la aristocracia), las más importantes reformas sociales y la invención de la "Commonwealth" como alternativa suave del imperio duro. Y, en su programa de hoy, la idea de participaciones por acciones en las empresas de los trabajadores, la protección de las libertades individuales, la "libertad, propiedad y seguridad" garantizada, la lucha "contra la pobreza, la ignorancia y el paro", la descentralización del poder—hacia el Norte y el Sur de Inglaterra, hacia Escocia y Gales—, medidas contra los monopolios públicos y privados... Es europeísta en el mismo sentido en que lo son los partidos socialistas del continente. Y, dentro de su estructura, hay una tendencia acentuada hacia la izquierda, marcada por el grupo de los llamados "jóvenes liberales". En la Asamblea de 1966 se presentó una moción pidiendo el control total de las empresas por los obreros: fue rechazada, pero sólo por un voto de diferencia.

El partido liberal está muy lejos del poder. Todo parece indicar que, a pesar de los resultados de las "by-elections", si hoy hubiese elecciones generales en Gran Bretaña las ganarían los laboristas, quizá con cincuenta escaños de mayoría en los Comunes. Pero no se puede dejar de ver a un plazo mucho más largo la posibilidad de que el tercer partido, el liberal, salga de su crisálida de grupúsculo para representar una alternativa importante. ■ J. A.

te: la designación de uno de ellos no podría sino provocar la salida del otro, con lo que se produciría una grave crisis ministerial. Además, ni uno ni otro gozan de las simpatías del grupo de los «viejos», esos caciques poco conocidos a un que todopoderosos que, en el interior del Mapa i, establecen las listas electorales. Ygal Allon, aunque considerado por esos patriarcas como «buen chico» (¡al fin y al cabo sólo tiene cincuenta y un años!), no tiene en el país suficiente popularidad. Por el contrario, el prestigio evidente de Dayan les asusta: los «apparatchiks» saben que, una vez designado, Dayan no dudaría en hacer trizas el aparato del partido.

En estas circunstancias, ¿a quién elegir? El candidato ideal sería evidentemente Pinhas Sapir, ministro de Hacienda, que ha construido el partido y cuyos hilos maneja todavía con firmeza. Pero Sapir parece rechazar sinceramente tal honor. Como especialista en economía, le repugna subir a la tribuna política y

lesto; suficientemente conocido, pero sin llegar a la categoría de líder, Eban sería el hombre encrucijada de todas las tendencias. De él se espera (tal vez sin razón) una continuidad flexible y sin estridencias. Sería, en suma, el Juan XXIII de este difícil concilio.

Íntil decir que en Israel se espera con impaciencia conocer el color de esta «fumata papal». Si los hombres del partido piensan en su cocina interior, el pueblo, por su parte, contempla con temor el incierto futuro. La ofensiva de paz americana de 1973 será, en efecto, la más insistente entre todas las «sufridas» desde 1970.

Para tratar de elaborar una doctrina, el secretariado del partido laborista ha celebrado, por vez primera desde 1967, una sesión en torno al problema de los territorios ocupados. Frente a Dayan y a Shimon Peres, que preconizan el «statu quo», aun cuando éste conduzca a una nueva y descarada anexión, la mayoría de los «tenores» del partido han afirmado que la restitución de casi todos los territorios ocupados constituía el precio de la paz.

Pero el abanico de las «palomas» es bastante amplio, y en él caben desde Eliav (que habla de los «derechos de los palestinos») hasta Sapir (que preconiza un descompromiso político, económico y social para liberar al país del «lumpenproletariat» árabe), pasando por Allon (que quiere establecer sobre el Jordán un cordón sanitario) y Eban (que, sensible a las presiones internacionales, se opone a toda política de «hechos consumados» antes de que se celebren conversaciones de paz).

Esta pequeña lucha por la sucesión de la primer ministro ha abierto, pues, un grave debate sobre el futuro del país. ¿Cómo se resolverá? Tal vez no haya solución por el momento. En caso de dificultad—cosa muy previsible—, no habrá otra salida que pedir a la abuela que renuncie a sus planes de renuncia. Pero esto tampoco resolverá nada. ■ JOSETTE ALIA.



prefiere continuar haciendo de eminencia gris.

Por todo lo cual se está hablando mucho últimamente de un «outsider» inesperado: Abba Eban, ministro de Asuntos Exteriores. Representativo, pero no mo-

Israel

LA SUCESION DE GOLDA MEIR

QUIEN discutirá con Nixon el próximo plan de paz americano previsto para la primavera de 1973? En Israel la pregunta está ya en el aire. Y ello por dos razones. La primera es que Golda Meir anuncia en privado, pero cada vez con mayor insistencia, su inminente abandono, y que, tratándose de ella, esos rumores pueden tomarse en serio, porque la actual primer ministro ha dimitido ya en dos ocasiones en el curso de su carrera. La segunda razón es que los partidos políticos han comenzado ya a presentar sus listas electorales para el año próximo. Ahora bien, dado el sistema de escrutinio (escrutinio de lista proporcional a una vuelta), el orden en

que aparecen los candidatos en dichas listas es, a fin de cuentas, más importante que las propias elecciones: poner en cabeza de lista a tal o cual miembro del partido laborista equivale en la práctica a designarle como futuro primer ministro.

En estas condiciones podemos afirmar que la carrera por la sucesión de Golda Meir ha comenzado ya prácticamente en Israel, con las implicaciones que esto entraña. Ahora bien, la elección se realiza sobre la base de oscuras consideraciones de política interior, de rivalidades personales y disputas entre clanes. Los dos candidatos más visibles—Ygal Allon y Moshe Dayan—parecen neutralizarse mutuamente.

Canadá

LAS BRUJAS DE OTTAWA

UNA bofetada para Su Majestad británica: el pasaporte del Reino Unido no es garantía suficiente para la admisión en Canadá. Las autoridades de Ottawa acaban, en efecto, de denegar el permiso de residencia al profesor Meszaros, que había llegado ya a Toronto para ocupar una cátedra en la Universidad de York. Es verdad que Istvan Meszaros es a la vez húngaro de nacimiento y comunista. Ex ayudante del filósofo Georg Lukacs, marxista abiertamente antistalinista, Mes-

zaros abandonó Hungría en 1956 para establecerse en Gran Bretaña, donde adquirió la nacionalidad británica y enseñó durante trece años.

A pesar de la campaña desencadenada en su favor por universitarios e intelectuales canadienses, británicos y franceses, las autoridades de Ottawa, herederas inesperadas del macarthismo, tras decidir que Istvan Meszaros constituye un "security risk" ("riesgo para la seguridad"), han decretado su expulsión. ■